

Pablo Suárez González

TRIPLE
ENCRUCIJADA



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

—ANAQUEL DE POESÍA, n°124—

MADRID • MMXXIII

De la obra © PABLO SUÁREZ GONZÁLEZ

De la edición © EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

www.cuadernosdelaberinto.com

Dirección de la colección: ALICIA ARÉS

Diseño de la colección © Absurda Fábula

www.absurdafabula.com

Ilustración de cubierta © PABLO CUESTA

<https://www.instagram.com/pabloquestwatercolor>

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por método alguno, salvo permiso expreso del editor.

Primera edición: enero 2023

I.S.B.N: 978-84-18997-16-7

Depósito legal: M-29956-2022

Impreso en España.



www.cuadernosdelaberinto.com

*Para mis padres
que me dieron esta voz y estos cuadernos*

οἱ δὲ συγγενεῖς μῆνές με μικρὸν καὶ μέγαν διώρισαν

Sófocles, *Edipo rey*

los meses, sangre de mi sangre, me hicieron a veces insignificante, a veces poderoso

Traducción modificada de Assela Alamillo Sanz y Richard Jebb.

ODAS DE LA DEHESA

*And what you effuse may then return as the seasons return,
and may be just as much as the seasons.*

Walt Whitman, *Hojas de hierba*

*Y lo que derraméis volverá entonces, como vuelven las estaciones,
y será exactamente como las estaciones.*

X - XII

... cuando llueve la primera semana de clase,
como casi todos los años,
y las mochilas vacías pesan de sueños que ansían respuesta,
se atisban pasos ya dados muchas veces,
como casi todos los pasos,
dejando la misma alegría en sus huellas que otras vidas dejaron.
Bajan de los colegios mayores empujados por el viento,
recibiendo de su generosidad el ímpetu para derrotar a la lluvia
con vehemencia de pregunta retórica ante el futuro.
Pasos aún sin cicatrices,
hacia el precipicio del arco iris,
llenos de dudas y miedos,
pero al menos sin miedo a los pasos.

Por eso dura tan poco esta primera lluvia del curso:
la ilusión de los sueños por cumplir
se impone al engaño de los sueños no cumplidos.

Y cuando el cielo vencedor se sonroja, muy pocos se
percatan.
Reanudaron sus nadas cotidianas,

sin escuchar el vuelo de los pasos,
sin fijarse en el pico de las palomas: en La Dehesa no hay olivos.
Continuaron absortos en su intrascendencia,
maldiciendo al viento y la lluvia (ignorando su empuje y su lavado)
como si fueran un diluvio (de apenas media hora).
No prestaron atención a los símbolos,
como casi todas las personas.

* * *

Todos los días tienen algo parecido entre sí,
repetición de actos ya inaugurados:
siempre las mismas presencias, siempre los mismos relatos.
Precedentes, arquetipos,
ininterrumpida verdad ante pasados.
Todos los días pueden ser día de todos los santos,
todos poblados de fantasmas:

el del canario que una niña enterró a los pies de su pino
 favorito,
gesto heredado
de dar libertad a un cadáver encerrándolo en la arena,
en vez de entre rejas,
intento de acelerar el recuerdo sedimentando la carne.
O el espectro de besos olvidados,
que esperan todavía en los mismos bancos
a aquellos amantes que escapaban del mundo
buscándose en otros labios.
Se respiran también los fantasmas
de apuntes quemados al final de cada curso:

cenizas traducidas al aire y prendidas en las ramas
en inconsciente sacrificio de alabanza.

Todos estos fantasmas dialogan entre sí,
como diciéndose cada día,
afirmándose en su consonancia.
Besos, conocimiento e inocencia, todos espectros de alas
y alas de un instante.
Todo un mismo echar a volar.

* * *

Los días se van oxidando cada vez más
y las hojas se impacientan.
Almas maduras, dentro y fuera del escenario a la vez,
ejecutarán pronto su fuga inesperada:
gran final justo y necesario
para las que son, las que fueron y las que han de venir.

Tragicomedia del tiempo, allá abajo en la ciudad,
que observan sin entender los pinos de La Dehesa:
sus acículas no conocen el eterno retorno.
Aquí los perros sin alfombra solo juegan con lo que les tiran
sus dueños.
¡Corred!, devolved esa libertad a los que están sedientos
de ella,
pero permanecen atrapados en el rito.
Ellos, que tienen palabras para todo (salvo para lo más
importante),
son noches con sed de luz,

danzando a ciegas con el azar
y envidiando el vuelo de las hojas.

Más tarde, bajo un óxido ya solo intuido,
otros suben La Dehesa a su vuelta del trabajo.
Se detendrán a admirar el monstruo blanquirrojo que reptaba
hacia la Sierra,
persiguiendo los últimos rayos de sol,
y respirarán tristes su rastro de serpenteante polución.
Reanudarán después su marcha sospechando que el monstruo,
como las hojas
y como todo lo visible y lo invisible,
es solo resonancia obstinada en su propia oscilación.
¡Qué cansado, qué monótono!
¡Qué maravilla! poder repetir siempre los mismos errores...

I - III

... para empezar de nuevo
el silencioso ciclo del enigma,
los edificios expulsan más y más humo, desenfocando el cielo.
Las familias, dentro, aguardan la regeneración periódica:
dichosos los invitados, que resucitarán el tiempo consagrándolo
en sus copas.
Durante unas horas, la vida será comunión, volver a ver:
renovar la memoria del misterio.

Fuera, sin embargo, parece que se ha detenido la luz,
como dormida en gélida nana:
ser en espera cubierto por el velo del silencio,
hasta que las familias salen a pasear, sin saber muy bien por qué.
Unos para calmar el empacho y evaporar el alcohol;
otros para digerir las discusiones de una convivencia
desaprendida;
algunos creerán incluso que el frío apaga su sed de mañana.
¿Esperarán de La Dehesa que interceda por ellos ante la nueva
vuelta del ciclo?
Salen de casa para encontrar el hogar,
evitando un olvido.

Sincronizan sus recuerdos
escuchando latidos callados que van haciéndose árbol,
nube o barro.

Buscan juntos un secreto.
Bien abrigados, se creen inmunes al miedo,
y cada uno, por separado, intenta deshacerse del velo,
enredándose cada vez más en él
y perdiendo de vista la única verdad que tienen:
adentro.

* * *

Y amanece la niebla,
engendada en la entraña del suelo,
no creada en el aire,
de la misma naturaleza que la humedad de los árboles.
Niebla que atenúa y esconde el espacio que acaricia.
Niebla que llena a las criaturas de vacío y anhelo de luz.

Proyecto de paisaje o espectro de presencia,
todos los instantes de la noche convergieron hacia esta calma,
solo alterada por algunos gorriones,
habitantes de otras horas,
inquietos buscadores de cobijo.

No dura mucho aquí la niebla, apenas una mañana:
el sol derrite rápido el espejismo, transformándolo en sorpresa,
aliento repentino en los rincones.
Moléculas excitadas chocan unas contra otras,
en el nombre del ritmo,
y vibran en una improvisada sinfonía superficial: